Eco (El) de los Castillejos — Periódico de ciencias, artes, militar y de marina.
8.° mlla
Madrid = 1872.

Solo se publicaron 4 núms en los dias 1, 8, 16 y 24 de Enero.

2/42069

nero de 1872.

S CASTILLEJOS,

ES, MILITAR Y DE MARINA.

PROVINCIAS.

Quedan facultados para recibir suscriciones los señores Jefes y Oficiales que gusten y principales librerias de la Peninsula.

EXTRANJERO

En París, chez Mr. C. A. Saavedra, rue Taibout, núm. 55, y en la libreria española de Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, número 2.—Lóndres; Mr. Edmundo Mitchel, núm. 50, Southampton Street Pentaville Road.

núm. 6 y principales librerias.

COLABORADORES.

Lo son ya de este periódico muchos señores Jefes y Oficiales del Ejército y abogados, escritores públicos y otros hombres de ciencias, sin distincion de matiz político.

DIRECTOR.

CÁRLOS DOMINGUEZ ARRIBAS,

Firmante de la adhesion de la Prensa en el Congreso á la declaracion de guerra, en la memorable sesion del 22 de Octubre de 1859; Autor del libro, ESPAÑOLES Á LA GUERRA, EUROPA MIRA, DIOS LO MANDA; Director durante la campaña, del periódico EL CENTINELA DE MARRUECOS; Secretario de la Redaccion del periódico militar y de Marina EL HONOR, y Oficial en situacion pasiva del Cuerpo de Administracion.

BATALLA DE LOS CASTILLEJOS.

«¡Qué gran revolucion seria, si se pudiera, la de reformar y mejorar el ingrato corazon humano, que deja perecer de hambre á los hombres encanecidos en la virtud y los estudios; que ve indiferente la miseria de artistas honrados y que asesina á los héroes!»

C. Dominguez Arribas.

Consagrado nuestro número de hoy á recordar y consignar, bajo todos conceptos, la memorable batalla de los Castillejos, uno de los principales hechos de nuestras siempre victoriosas armas, en lucha con el extranjero; acaso la heróica jornada de más imperecedera memoria, en la de todo buen español, de cuantas archiva la portentosa historia pátria, en sus venerandos anales, referente á la campaña de Africa, no quere-

E por cortesía 24 Junio 1872

2/42069

Madrid 1.º de Enero de 1872.

EL ECO DE LOS CASTILLEJOS,

PERIÓDICO DE CIENCIAS, ARTES, MILITAR Y DE MARINA.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

Un mes en Madrid 4 reales.
Tres meses, provincias 10 rs.
Seis id. 16 rs.
Un año 30 rs.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Medio año 30 rs.
Un año 50 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administracion: Madrid, Juanelo 19, bajo. Librería de San Martin, Puerta del Sol, núm. 6 y principales librerías.

PROVINCIAS.

Quedan facultados para recibir suscriciones los señores Jefes y Oficiales que gusten y principales librerías de la Península.

EXTRANJERO

En París, chez Mr. C. A. Saavedra, rue Taibout, núm. 55, y en la librería española de Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, número 2.—Lóndres; Mr. Edmundo Mitchel, núm. 50, Southampton Street Pentaville Road.

COLABORADORES.

Lo son ya de este periódico muchos señores Jefes y Oficiales del Ejército y abogados, escritores públicos y otros hombres de ciencias, sin distincion de matiz político.

DIRECTOR.

CÁRLOS DOMINGUEZ ARRIBAS,

Firmante de la adhesion de la Prensa en el Congreso á la declaracion de guerra, en la memorable sesion del 22 de Octubre de 1859; Autor del libro, ESPAÑOLES Á LA GUERRA, EUROPA MIRA, DIOS LO MANDA; Director durante la campaña, del periódico EL CENTINELA DE MARRUECOS; Secretario de la Redaccion del periódico militar y de Marina EL HONOR, y Oficial en situacion pasiva del Cuerpo de Administracion.

BATALLA DE LOS CASTILLEJOS.

«¡Qué gran revolucion seria, si se pudiera, la de reformar y mejorar el ingrato corazon humano, que deja perecer de hambre á los hombres encanecidos en la virtud y los estudios; que ve indiferente la miseria de artistas honrados y que asesina á los héroes!»

C. Dominguez Arribas.

Consagrado nuestro número de hoy á recordar y consignar, bajo todos conceptos, la memorable batalla de los Castillejos, uno de los principales hechos de nuestras siempre victoriosas armas, en lucha con el extranjero; acaso la heróica jornada de más imperecedera memoria, en la de todo buen español, de cuantas archiva la portentosa historia pátria, en sus venerandos anales, referente á la campaña de Africa, no quere-

E por cortesía 29 Junio 1872

mos privar á nuestros lectores de la magnifica descripcion que de tan inolvidable dia estampó en su acreditado libro *Apuntes para la historia de D. Leopoldo O'Donnell*, nuestro antiguo y querido amigo el conocido novelista y reputado editor D. Manuel Ibo Alfaro, escrita por el bizarrísimo oficial del ejército Sr. D. José Maturana, Marqués de Medina y ayudante del General D. Enrique O'Donnell, en dicha guerra.

El documento que á continuacion tenemos el noble orgullo de trascribir, debido á la fácil cuanto elegante pluma del señor Maturana, es tan digno de su valiente autor, por su forma, como por la epopeya que narra, por su fondo; y sobre la exacta cuanto animada pintura que se hace, llamamos muy particularmente la atencion de nuestros lectores, seguros, como estamos, de que nos agradecerán la insercion de ese verídico é interesante escrito, joya literaria del poético lenguaje del Sr. Marqués de Medina, inspirado escritor al par que sereno militar y padre cariñoso, en los momentos de peligro para sus queridos soldados.

Dice así:

«Densas sombras cubrian el campamento español el dia 1.° de Enero de 1860, cuando la ronca é imponente voz de uno de los cañones de la cristiana Ceuta, reemplazando el armonioso estruendo de las dianas, nos anunció que el momento de empuñar las armas habia llegado, que el instante del peligro se acercaba, que la hora de abandonar nuestras líneas atrincheradas, tomando la ofensiva y lanzándonos en el desconocido y agreste campo, ocupado por el marroquí, habia sonado ya.

Aun no se habia teñido el horizonte con esa ténue luz que preside á la aurora, y que, disipando progresivamente las tinieblas, nos anuncia la llegada del nuevo dia, cuando todas las tiendas de los cuerpos expedicionarios, tendidas en el suelo y plegadas con la rapidez que solo concede la costumbre, ocupaban su puesto en la mochila del soldado ó en las acémilas del oficial.

Pueblo nómada, llevando cual el beduino todo consigo mismo, el ejército español, al formar aquella mañana, nada dejaba tras de sí más que la huella de sus pasos. La ciudad flotante, que horas antes se ostentaba vistosa en los campos del Otero, junto á los muros de la vetusta Ceuta, ó en las cañadas del reducto Príncipe Alfonso, habia desaparecido, siendo reemplazada por sombrías masas que formaban los compactos batallones, prontos á marchar, los animados grupos de brigaderos que, transitando entre las fuerzas, se dirigian, guiando sus acémilas, á ocupar su puesto de camino.

El rumbo que vamos á seguir, la naturaleza misma lo ha trazado; el mar formará nuestra guia, sin que nos sea dado separarnos de él, pues sobre su superficie flotan, siguiendo nuestros pasos, nuestros almacenes de víveres, nuestras municiones, nuestros hospitales de sangre, los epidémicos y contagiados, en una palabra, la apreciabilísima armada española.

El pais que vamos á recorrer es un pais salvaje, inhospitalario, cruel, sin elementos de ningun género que puedan servir para nuestra conservacion; sin poblaciones, sin habitantes que no sean encarnizados enemigos.

La guerra que vamos á emprender es una guerra especial, distinta de las guerras europeas, sin que ningun punto de contacto la ligue con la que en igualdad de circunstancias se ejecuta en un pais civilizado. El que quisiera juzgarla, como juzgar pudiera lo que ocurriese en Francia ó en Inglaterra, cometeria un error craso. Los que fundándose en nuestras victorias creen posible una guerra de conquista en el imperio de Marruecos, sin una numerosa poblacion que, avanzando y colonizando á retaguardia del ejército, ocupase siempre el terreno que éste hubiese arrancado al enemigo, se equivocan por completo.

En Africa nunca se tiene mas que el terreno que se pisa, en Africa nada se encuentra, faltando á veces hasta el agua indispensable para la subsistencia; en Africa nada favorece al que ataca al extranjero, al europeo, al cristiano. Hasta el mismo terreno accidentado, quebrado, montaráz, agreste y completamente desconocido, es un obstáculo constante á la marcha de cualquier ejército organizado.

Allí no hay caminos, pero sí profundísimos barrancos, que es necesario atravesar, empleándose muchos dias de ímprobo trabajo para que la artillería pueda salvarlos.

Allí, separándose de la costa, es indispensable conducir cuanto se necesita para vivir y para pelear, municiones, ambulancias, repuestos, todo llevado á lomo, empleándose un crecido número de animales de carga, que en los pasos de desfiladero como allí lo son generalmente todos, ocupan por leguas el terreno; terreno que es necesario proteger y defender; terreno que distrae considerable número de fuerzas, que siempre á la defensa y clavadas en su puesto para que la impedimenta no caiga en poder del enemigo, se baten en las peores condiciones para vencer, disminuyendo las tropas que se han de batir, con el considerable número que hay que emplear á este objeto.

Allí no hay posibilidad de formar planes extratégicos, atre-

vidas combinaciones para caer en un punto dado, en una época marcada; porque el génio del General se estrella contra obstáculos materiales que aparecen por todas partes, contra el sinnúmero de bagajes que embarazan todos sus movimientos, contra los muchos heridos que no puede abandonar y que tiene que hacer llevar en hombros por los mismos soldados que para el combate son tan necesarios. Allí todos los cálculos son fallidos, nadie conoce el terreno, nadie las dificultades que pueden presentarse, nadie el número de enemigos con que habrá de pelear.

Suponed para una marcha, que en Europa ejecutárais en un dia con tropas españolas, quince en Africa. Abasteceos para ese tiempo de víveres, ambulancias, trenes y municiones, con lo que convertis imprescindiblemente vuestro ejército de combate en la escolta de un convoy: emprended vuestra operacion, y al ejecutarla, las dificultades surgirán por todas partes. Aquí aparece un bosque cerrado, impenetrable, que el enemigo siempre aislado y disperso ocupa y defiende: bosque que es necesario tomar, desmontando lo suficiente para abrirse paso. Allí se encuentra una cordillera de montañas de roca viva, atravesada por una senda de perdices, que lleva el pomposo nombre de camino y por donde la artillería y la caballería tienen que transitar, siendo indispensable detenerse y trabajar bajo el fuego del feróz enemigo, hasta vencer aquel obstáculo. Allá se tropieza un arroyo encajonado, sin puente ni vado, que ofrece una nueva dificultad, un nuevo inconveniente y una nueva detencion; y entretanto los dias van pasando, los quince que se calcularon, trascurrieron ya, los víveres tocan á su término, las municiones se acabaron, el hambre se hace sentir, las fuerzas se pierden y se hace inevitable un descalabro único y solo, pero suficiente para que empañe cien consecutivas victorias: único y solo como el del Rey D. Sebastian; único y solo, pues, en Africa, es indispensable vencer siempre: en perdiendo una batalla se perdió todo.

Esta es una verdad que creemos no refutará ninguno que haya seguido sobre el terreno las fases de nuestra campaña, ninguno que haciendo abstraccion de mezquinas pasiones hable como español, no como sectario de tal ó cual partido, no como enemigo de tal ó cual potentado, nó; como hijo de la madre patria, como amante de sus glorias, de sus triunfos y de su prosperidad.

Conozco que al escribir un diario de operaciones, el ocuparnos de estas consideraciones, aunque sea lijeramente, es una di-

gresion; pero perdónesenos el hacerla, al saber que es motivada por los sueños de conquista preconizada por algunos que desconociendo el carácter de los africanos, desconociendo las insuperables barreras que separan al musulman del católico, creen tan fácil conquistar una provincia de Marruecos, como lo seria la de un pais que nos estuviera asimilado.

Durante la campaña, jamás encontramos un aduar poblado, jamás vimos un habitante, jamás cayó en nuestro poder un solo marroquí, que no se hallase herido y con las armas en la mano. Tetuan mismo era un sepulcro; apenas vimos en él unos veinte moros y aun éstos en su mayor parte argelinos, comerciantes ya familiarizados con los europeos por su roce con los franceses; por lo demás, la poblacion entera musulmana toda ella habia desaparecido.

La conquista de Marruecos por España, es posible, es conveniente, pero no ahora; lo será cuando pueda sostener alli constante un ejército de 50.000 hombres, cuando tenga mil millones de sobra en su presupuesto, cuando exista en nuestro suelo un excesivo número de habitantes, cuando la mucha poblacion nos ahogue, cuando podamos lanzar á ese terreno casi completamente abandonado un número suficiente de familias para poblarlo.

Ese dia podremos emprender la guerra de conquista, ese dia avanzando lo necesario y conforme las necesidades lo exijan, para que el terreno que á nuestra espalda quede nunca se halle desamparado, podremos ir enviando al enemigo al centro de su pais; podremos emprender una guerra que indudablemente durará muchos años, tal vez varias generaciones; pero que nunca será tan costosa, dándonos brillantes resultados, como lo seria en el dia en que abandonando necesariamente por las noches el territorio que por la mañana hubiéramos conseguido, tendriamos al dia siguiente que volvernos á batir, porque ocupado por el enemigo, apenas lo dejáramos, era preciso recuperarlo.

Mas dejemos estas consideraciones muy lijeramente tocadas por no hacerlas inoportunas, y volvamos á nuestro diario de operaciones, que por un momento hemos interrumpido.

El dia 1.° de Enero, levantado ya el campo y formadas las divisiones, la de reserva con su valiente general á la cabeza, emprendió el movimiento, siguiendo el camino que ella casi exclusivamente construyó, que más de una vez regó con su sangre, y que hizo dar á su General el nombre *Primer caminero de España.*

El segundo cuerpo le seguia: á retaguardia de éste marchaban los bagajes, formando el tercero desde su campamento, que aun estaba en pié, la verdadera reserva del ejército.

El terreno que recorriamos era de colinas, que viniendo á bañar sus bases en el mar que teniamos á nuestra izquierda, se perdian por la derecha formando los primeros estribos de la sierra nombrada de Bullones.

El monte era bajo, y esto causaba grande alegría á nuestros soldados del segundo cuerpo, acostumbrados á batirse hasta entonces entre las sombras de los corpulentos alcornoques, los que si bien es cierto les ocultaban algo, tambien ocultaban al enemigo, que de este modo acercándose sin ser visto nos causaba dobles daños.

De cuando en cuando un pequeño vallecito adormecido entre dos colinas, dejaba pasar por su centro las murmurantes aguas de algun cristalino arroyo, que desprendiéndose de las montañas iba á perderse en las agitadas olas del mar.

Todo aquel terreno habia sido ya recorrido por nuestras tropas en son de guerra, ya persiguiendo ú hostilizando al enemigo en las primeras horas de la mañana, ya retirándose á su campo en ordenada formacion, cuando las sombras de la noche empezaban á extender su velo sobre la tierra.

Entonces no habia por allí ni un solo adversario; la mañana era deliciosa, los puros rayos del sol empezaban á animar á aquel pintoresco paisaje; la alegría era general en todos, sin que recordaran las escenas de muerte de anteriores dias, más que los insepultos cuerpos de algunos caballos abandonados por sus dueños cristianos ó musulmanes en el mismo sitio en que cayeron sin vida.

El mar estaba tranquilo, y sus aguas tan trasparentes, que sin detener nuestra marcha, seguiamos con la vista los movimientos de varios pececillos, que jugueteando en las ondas, saludaban al nuevo dia y al sol que iluminaba aquella palpitante y cristalina superficie.

Ya habríamos recorrido más de la mitad de nuestro camino, sin que los moros diesen cuenta de su persona, cuando un vivo tiroteo que por momentos iba creciendo, nos anunció que el combate estaba empeñado por las vanguardias.

—Ya empieza la danza,—exclamaron algunos soldados.

—Las flautas de los moros están en voz.

—Espera un poco que allá vamos.

Momentos despues comenzaron ya á cruzarse con nosotros

algunos heridos que conducian á Ceuta, aumentándose su número por momentos. Todo indicaba un terrible combate, todo hacia presagiar que los moros iban á hacer inauditos esfuerzos para cerrarnos el paso.

Nuestro General don Enrique O'Donnell marchaba como siempre á la cabeza, interrogando á los heridos, animándolos y consolándolos. Segun ellos decian, el general Prim habia ocupado todas las posiciones que el General en jefe le marcó, perdiendo únicamente cinco hombres; pero despues habian caido los moros sobre él con tal ímpetu, que su posicion se hizo dificilísima, habiéndose trabado HORRIBLE COMBATE, EN QUE EL GENERAL SE BATIÓ CUAL HÉROE AL FRENTE DE SUS SOLDADOS.

Al atravesar nosotros un bosquecillo que terminaba en el valle de los Castillejos, encontramos ya cuatro soldados cadáveres; y un pobre presidiario, cuya cabeza separada del tronco habia desaparecido: sin duda cayeron al lanzarse en el bosque para arrojar al enemigo, ó tal vez separados de sus fuerzas, penetraron en él creyéndolo abandonado, y pagaron con la vida su imprudencia.

Al desembocar en el valle, un nuevo paisaje se presentó á nuestra vista, paisaje que no podemos ménos de describir para que sea comprensible el relato de éste combate. A nuestra izquierda se descubria sentada á la orilla del mar, la casa de Marabut, ruinoso edificio abandonado, en cuyo seno se conservan aun palpables las huellas de la civilizacion y de la industria europea. A nuestro frente preciosa pradera cerrada en su confin por montañas, que separadas de las que se hallan á la derecha por una profunda cañada, forma una especie de barranco estrecho, encajonado, misterioso, que conduce al actual campamento del enemigo. Sangriento camino por donde los húsares de la Princesa, desconociendo todo temor, en columna de secciones se lanzaron momentos despues persiguiendo con espada en mano á la por ellos batida caballería marroquí, hasta cerrarla en su campo, hasta arrebatarle su estandarte, hasta hollar con los piés de sus caballos las tiendas del orgulloso musulman.

Heróica, distinguida, bizarrísima carga; incomprensible, pues se llevó á cabo en un terreno en que ninguna caballería del mundo puede cargar; bajo el fuego de frente y flancos de innumerables enemigos ocultos en el bosque, sin mas elementos de triunfo que la bizarría de sus nobles corazones, que el valeroso ardimiento de Aldama y Fuente Pelayo, sus brillantí-

simos jefes, que con su sangre sellaron su patriotismo y su lealtad.

A nuestra derecha se alzaban montañas de rápida pendiente, enlazadas entre sí por su parte superior, formando en su perfil graciosos semicírculos cóncavos y convexos, siendo los primeros las cúspides y los segundos las entradas de las cañadas, que al venir á morir en el valle separaban por su base unas de otras las antedichas montañas; defendidas además por un monte bajo, anteriormente quemado, el cual presentaba un sinnúmero de puntiagudas y consistentes puntas calcinadas, tan espesas y unidas, y de tan desiguales alturas, que era tan difícil como expuesto atravesar.

Mas allá de estas montañas, y separadas por un barranco, se levantaban otras mas elevadas todavía; dominando sus aproches desde el valle hasta la cúspide, hacian que los fuegos que desde ellas se disparaban sobre las primeras, fuesen seguros sin que hubiera un solo punto donde poderse poner á cubierto.

El campamento enemigo oculto á nuestros ojos, se hallaba situado en su vertiente opuesta, encajonado en el fondo de una especie de sarten, cuyo mango, si se nos permite expresarnos así, formaba la cañada antes descrita: defendido por altísimos cerros de espeso bosque, tan fáciles de defender como difíciles de atacar.

Al desembocar nuestra division en el valle, los moros ocupaban los antedichos elevados cerros, y lanzándose cual torrente desbordado sobre el cuerpo de reserva mandado por el General Prim, que ocupaba las montañas que mas cerca teníamos, quintuplicado su número al de las fuerzas españolas, y corriéndose por los flancos de nuestros batallones, los iban encerrando en un estrechísimo círculo de hierro.

La situacion era horrible; nuestros soldados sacando fuerzas de flaqueza morian en su puesto, defendiendo cada pulgada de terreno, cuyo deseo de ganar costaba torrentes de sangre al enemigo. El Conde de Reus con la bandera española en una mano, destacándose á caballo al frente de sus soldados, con la firme resolucion de vencer ó morir, dirigía enérgicas palabras á los suyos, y galopando en el último confin de los montes, parecia la sombra de un génio que naciera vaporosa entre el fuego y el humo del cañon.

Los moros, sin embargo de esta tenáz resistencia, irritados por ella misma, avergonzados de batirse veinte contra uno, ha-

cian esfuerzos sobrehumanos para que aquella terrible lucha terminase pronto, para que el triunfo fuera suyo.

En este momento, el ilustre General D. Juan Zabala, enviado por el General en jefe, al frente de la primera division de su cuerpo de ejército capitaneado por Orozco, delante de ella y confundido con la guerrilla, tambien á caballo, seguido de sus ayudantes y Estado Mayor, se lanzó cual torbellino sobre el flanco izquierdo del enemigo.

La desesperacion de los moros era extraordinaria; con un inaudito valor se volvieron contra este nuevo caudillo, que en tan mal hora para ellos tomaba parte en el combate.

Los soldados de la reserva cobraron brios, si es que cobrar brios necesitaban aquellos valientes al ver nuevos compañeros, que tan á tiempo llegaron en su auxilio; pero el combate tomó un aspecto mas feroz; porque rehaciéndose los moros de su primera sorpresa, y abrasados por la sed de la sangre que les devoraba, echaron mano de la terrible gumia que antes habian esgrimido.

Su ataque no se hizo esperar mucho; con un valor heróico probaron de nuevo fortuna; sus terribles ahullidos se confundieron con la detonacion de sus espindargas, y precipitándose como un solo hombre aquellas inmensas masas sobre nuestros impertérritos batallones los envolvieron en una nube de fuego.

Un milagro, solo un milagro del Altísimo pudo librar á nuestros Generales de una muerte segura: dos ayudantes de Zabala, Gonzalez Zabala, Lasara y el aposentador de su cuartel general, el coronel Guerra, cayeron á su lado bañados en su propia sangre, al frente de los que animaban con su ejemplo, dándoles inequívocas pruebas de su distinguido valor.

Otros dos ayudantes, el Marqués de Ahumada, el de Medina Alcor, lanzándose por el barranco al frente de seis compañías de Arapiles, chocaron pecho contra pecho, rechazando á los moros que por aquel lado no se atrevieron á volver mas.

Todos rivalizaban en entusiasmo, todos deseaban distinguirse; y ¿cómo no habia de suceder así, cuando un niño en esa tierna edad que aun necesita de la proteccion del regazo maternal; cuando Guadiana, subteniente de Simancas, firme en su puesto, dando noble ejemplo de osadía, probaba que en ciertos distinguidos corazones como el suyo, nace antes el valor que apunte el mas leve bozo en el semblante? ¿Quién habia de retroceder un paso, cuando aquella inocente criatura, con la sonrisa en los lábios, la mirada serena, el corazon tranquilo,

permanecia en la guerrilla con la impavidez que hubiera podido permanecer en un combate simulado?

Al mismo tiempo que esto acontecia, el General D. Enrique O'Donell, seguido de la primera brigada de la division de su mando, á paso de carga, dando como siempre ejemplo, envuelto en una nube de proyectiles que lo cercaba por todas partes, luchando con el terreno y con un espesísimo bosque que le cerraba el paso impidiéndole la entrada, trataba de rebasar el ala izquierda del enemigo.

El fuego arreciaba por momentos, las bajas eran constantes y contínuas, el sargento de ordenanzas, corneta del General D. Enrique O'Donell, recibió marchando á la izquierda de dicho General, dos balazos, marchando á su derecha el simpático Serrano, oficial de su Estado Mayor, se encontró con la mano atravesada por otra bala: el caballo del General recibió tambien una herida: solo un batallon de la Princesa contó setenta hombres fuera de combate; y con esto, lejos de disminuir aumentaba por momentos el furor del heróico ejército cristiano.

El deseo de la victoria brotaba de todos los corazones; la muerte importaba poco con tal que el triunfo se obtuviera; moros y cristianos eran de un mismo parecer, y por eso la lucha se hizo tan sangrienta; y por eso nadie cedia, y por eso encarnizándose cada vez mas el combate todos hacian inauditos esfuerzos para que fuese suya la victoria.

Nuestro General, sereno y tranquilo como siempre, comprendia que el paso por el bosque era imposible, que ninguna criatura humana podria transitar por él, que asegurado nuestro flanco por aquella inexpugnable barrera, era inútil que permaneciese allí fuerza alguna, y flanqueándolo y dirigiendo de nuevo los batallones bajo el mando de su bizarro brigadier Serrano á reforzar las fuerzas mas rudamente empeñadas, pasó á incorporarse á la segunda brigada de su misma division, mandada por el brigadier Hédiger, que en aquel momento guiada por el mismo general en jefe, subia á la carrera á tomar de una manera heróica su parte en el combate.

Admirable se presentó D. Leopoldo O'Donell en aquellos momentos en que, dominando con su elevada estatura á cuantos le rodeaban, con la mirada centelleante, con la espada desnuda en la potente mano, creyendo la posicion de sus tropas comprometida, venia á lanzar en el furor de la batalla todo el peso de su valor personal. ¿Quién no le hubiera seguido al ver su gallarda actitud? ¿Quién no hubiera muerto á su lado, al

ver comprometida con su pérdida la suerte del ejército entero, la esperanza de la pátria, los triunfos que en adelante pudiera conquistar y conquistó?

Aquel no era su puesto, y así valientes generales se lo hicieron conocer; su mirada recorria tranquila la línea del combate, y seguro del triunfo al ver la actitud de nuestras tropas, recordó su alta mision, y comprendiendo que su presencia allí no era necesaria, se retiró para llenar en otra parte el cumplimiento sagrado de su deber.

Entretanto nuestro General de division hacía relevar por la segunda á los batallones, que estenuados de fatiga por tan largo como empeñado combate, necesitaban algunos momentos de reposo, reanimándose con esto con mas vigor el fuego del enemigo, pues al ver que no abandonábamos como en dias anteriores, posiciones tan duramente defendidas y á costa de sangre conquistadas para volver á Ceuta, intentaron nuevos ataques, aunque nuevamente rechazados; la sangre volvió á enrojecer aquel terreno manchado ya por la anteriormente vertida; el coronel Suarez y todos los jefes del batallon de Leon cayeron en sus puestos, y el marroquí, viendo que tropezaba siempre con la tenáz resistencia del castellano, comprendió que habia perdido el dia, que el triunfo tan duramente conquistado quedaba por nosotros.

Fué tan grande el ardor del ejército cristiano en este memorable combate; fué tan inmenso el entusiasmo que cual chispa eléctrica circuló desde el General hasta el soldado; fué tan puro el noble patriotismo y el deseo de distinguirse que á todos animó, que un pobre brigadero, cuyo nombre sentimos ignorar, exacerbado con el olor de la pólvora, con el estruendo y la gritería del enemigo, con el silbar de las balas que silbaban por su cabeza, no pudiendo resignarse á su ocupacion tan pasiva enmedio del combate, abandonó las acémilas, cuyo cuidado le estaba encomendado, y armándose de un fusil caido de la inerte mano de un cadáver, se incorporó á la guerrilla ocupando su puesto cual soldado, sin permitir que nunca le llegase relevo, sin desear mas que balas y pólvora que lanzar al enemigo, sin apetecer mas que una plaza que obtuvo de voluntario en uno de aquellos valientes batallones.

El dia tocaba á su término, y al extinguirse este, extinguíase tambien el fuego de los contrarios. De noche ya, los moros desaparecieron, campando el ejército español en aquel mismo terreno, teatro de sus glorias y del primer triunfo con que inauguraba el nuevo año.»

(PARTE OFICIAL.)

1.° DE ENERO DE 1860. Excmo. Sr.:—Mejorado el tiempo, y habiéndose racionado los cuerpos por seis dias, como manifesté á V. E. en mis comunicaciones de 29 del mes anterior, dí las órdenes convenientes para que en 1.° del actual, al toque de diana, destacasen la division de reserva, el segundo cuerpo, dos escuadrones de húsares de la Princesa, dos baterías de montaña del primer regimiento de artillería, y una afecta al quinto con el Cuartel general, debiendo permanecer en sus posiciones el primero y el tercer cuerpo y la division de caballería, y avanzar solo hasta debajo del reducto Príncipe Alfonso, la artillería montada y de á caballo. Al mismo amanecer rompió la marcha sobre los Castillejos el general Conde de Reus, con su division, los escuadrones de húsares y dos baterías, llevando el encargo, no solo de tomar posicion, sino tambien de echar un puente en la desembocadura al mar de una regata, sin lo cual no podia pasar la artillería rodada, siguiendo yo con el Cuartel general, y á continuacion el segundo cuerpo con su comandante en jefe el general Zabala.

En el momento de emprender la marcha, recibí aviso del general Echagüe, comandante en jefe del primer cuerpo, de que al hacer la descubierta desde el reducto de Isabel II se habia divisado en las alturas del Renegado un gran número de moros, y que seguian bajando otros muchos, indicando todo un ataque por aquel lado; pero no teniendo nada que temer por él, tanto por lo fuerte de la posicion, como por las fuerzas que le sostenian, previne á este general que hiciese subir á sus tropas desde el Serrallo, por si se efectuaba el ataque, estando seguro de que al ver el enemigo mi movimiento se dirigiria todo sobre mí, como asi sucedió.

El general conde de Reus llegó hasta las posiciones que dominan los Castillejos, por la parte de la costa, sin encontrar apenas resistencia, pues solo unos mil moros le hacian fuego por su derecha desde un cerro inmediato, sostenidos por otro grupo considerable apoyado en la casa del Marabut. Dispuse entonces que una brigada del segundo cuerpo, á las órdenes del brigadier Serrano, tomase una posicion que flanqueaba el bosque que ocupaba el enemigo, seguida de una batería de montaña, y ordené al general conde de Reus que se apoderara

de la casa de Marabut. Ambas operaciones se verificaron instantáneamente: la batería limpió el bosque de enemigos, y la casa fué tomada con escasas pérdidas, quedando dueños de todo el valle que acabaron de despejar las fuerzas útiles con los vivos y certeros fuegos de su artillería; de modo que los escuadrones de húsares descendieron al llano mientras las tripulaciones de los buques de guerra, mandadas por el capitan de fragata don Miguel Lobo, saltaban á tierra cargando al enemigo en union á nuestras guerrillas, á los gritos de VIVA LA REINA, VIVA LA MARINA Y VIVA EL EJÉRCITO que cada fuerza respectivamente daba.

La operacion principal estaba terminada, y mi pensamiento cumplido con felicidad; pero reconcentrándose el enemigo, que perseguido por nuestros soldados, se habia replegado á una posicion que dominaba á tiro corto de fusil el valle de los Castillejos, y aumentándose progresivamente con los numerosos grupos de caballería é infantería que acudian en su auxilio por la cañada que conduce á Anghera; era preciso desalojarlo para libertarnos de sus fuegos. Esta operacion la encomendé al general conde de Reus, que con la mayor impetuosidad la llevó á cabo por los batallones de Vergara, Príncipe, Luchana y Cuenca en primera línea, los de Ingenieros y Artillería en sólidas reservas, y secundado por los dos de Córdoba, á las órdenes del brigadier Angulo, jefe de la segunda brigada de la primera division del segundo cuerpo, con los que oportunamente reforcé á aquel general.

Mientras esto sucedia en las alturas, los escuadrones primero y cuarto de húsares de la Princesa se cubrian de gloria en el fondo del valle, cargando con un ardor imposible de describir á las considerables fuerzas de caballería é infantería enemiga que habian vuelto á invadirlo. En su impetuosa carrera, derribando con sus aceros cuanto se oponia á su paso, llegaron hasta penetrar en el campamento marroquí, fuertemente establecido en el fondo y encerrado entre escarpadas posiciones, apoderándose el cabo Pedro Mur, despues de matar al que lo llevaba, de un estandarte, como recuerdo y prenda de aquella heróica carga.

Sin embargo, recobrados los moros de su primera sorpresa, y hallándose aun demasiado distante la infantería que acudia á la carrera en apoyo de nuestros caballos, se vieron forzados aquellos valientes á retirarse acosados por todas partes de un fuego mortífero, en el cual, además de otros muchos oficiales y

soldados, recibieron honrosas heridas los comandantes marqués de Fuente Pelayo y don Juan Aldama.

En este momento recibí un aviso del general conde de Reus, indicándome la posibilidad de apoderarse del campamento enemigo. Me trasladé en el acto desde la casa del Marabut á la altura donde se hallaba aquel general, despues de haber prevenido al general García, jefe de Estado Mayor general, que á una señal mia partiera desde la citada casa con siete batallones del segundo cuerpo y atacara el campo enemigo por el valle, mientras yo lo verificaba con las fuerzas avanzadas desde las posiciones que estas ocupaban. Sin embargo, examinando desde la altura la situacion de dicho campo, me persuadí de que la operacion premeditada no podia llevarse á cabo sin grandes pérdidas; porque colocado en el fondo del valle y cercado por todas partes de escabrosas y pendientes laderas, hubiéramos sido fusilados desde ellas sin riesgo para el enemigo, por lo que preferí evitarlas desistiendo del ataque y trasladándome de nuevo á la casa del Marabut.

A las tres de la tarde, reforzado el enemigo con los numerosos grupos que seguian sin cesar incorporándosele, atacó otra vez de un modo desesperado las posiciones ocupadas por el conde de Reus; pero éste, con ese valor sereno que tanto le caracteriza, poniéndose al frente de sus batallones al grito eléctrico de VIVA LA REINA, salió al encuentro del enemigo que como raudal impetuoso descendia de los cercanos montes. Pronto llegaron á cruzarse las bayonetas y gumias, siguiéndose por algunos momentos una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo, de la que salieron vencedores nuestros batallones. El enemigo volvió las espaldas, y el estandarte de San Fernando, tremolado por el mismo conde de Reus, ondeó de nuevo en la importante posicion tres veces disputada. Contribuyó eficazmente á este resultado la llegada en aquel momento del general Zabala con los batallones de Simancas, Leon, Arapiles y Saboya, pues lanzándose decididamente al enemigo, y uniendo sus esfuerzos á los del general conde de Reus, partió con él la gloria de este brillante hecho de armas.

Al notar desde el valle el intento del enemigo, habia yo marchado velozmente al encuentro del conde de Reus, haciéndome seguir á la carrera por los batallones de la Princesa con el brigadier Hediger, jefe de la segunda brigada de la segunda division del segundo cuerpo, mientras que el general García, con los de Navarra y Chiclana, al mando del general O'Don-

nell, subian tambien por la derecha á proteger aquel flanco. A mi llegada, el momento decisivo habia ya pasado; pero tuve, sin embargo, que amagar una carga con mi cuartel general y la escolta, que no esperó ya el enemigo.

Cansados los batallones de Vergara, Príncipe, Cuenca y Luchana, de la division de reserva, agotadas sus municiones, los hice relevar en las posiciones que ocupaban por la primera division del segundo cuerpo, disponiendo se retiraran á otra que acababan de atrincherar lijeramente los ingenieros, bajo el fuego enemigo. Este continuó con bastante intensidad al abrigo de los bosques y las rocas hasta cerrar la noche. Entonces dispuse que el conde de Reus, con sus tropas, quedase en la posicion atrincherada, teatro durante el dia de tan sangrientas escenas, y que las del segundo cuerpo bajasen á su campo. Aquellas pasaron la noche sin ser molestadas, y al amanecer del siguiente dia se notó que el enemigo habia levantado el campo y que marchaba en direccion á Tetuan.

Este combate, Excmo. Señor, el más reñido sin duda de los que ha sostenido nuestro ejército desde que se abrió la campaña, forma una gloriosa página para añadir á su historia. El paso del valle de los Castillejos abria á nuestras tropas un terreno más despejado y favorable á los movimientos de un ejército organizado, que el suelo accidentado y fragoso, teatro hasta ahora de sus combates. El enemigo no podia desconocer las ventajas que perdia para sus osados ataques, y sobre todo para su sistema de defensa, desde el momento que lo traspasáramos, y esto explica suficientemente su resuelto y pertinaz empeño en esta memorable jornada.

Los enemigos estaban mandados por Muley-Abbas, hermano del emperador y general en jefe de su ejército, y por su segundo el gobernador de Tetuan, segun me manifestaron varios moros heridos que fueron recogidos por nuestros soldados; y aunque tambien manifestaron que sus fuerzas ascendian á unos 40,000 hombres, lo considero exajerado, si bien juzgo que no bajarian de 20,000, mientras que por nuestra parte solo la tomaron en el combate catorce batallones, dos baterías de montaña, una montada del segundo regimiento y dos escuadrones.

Nuestra pérdida ha consistido en un brigadier, 13 jefes, 55 oficiales y 481 individuos de tropa heridos; 7 oficiales y 63 individuos de tropa muertos.

Las del enemigo la gradúo en 2,000 hombres al ménos, y

como prueba de ello manifestaré á V. E. que segun el parte que me dió el dia 2 el vigía del Hacho, al anunciarme la marcha del ejército enemigo, me decia que quedando muy corto, pasaban de mil las camillas de heridos que veia conducir.

No concluiré, Excmo. Señor, este parte, sin hacer á V. E. mencion de algunos nombres, aun cuando no me sea dable poder verificarlo de tantos hechos de valor distinguidos como tuvieron lugar. Citaré al general conde de Reus, el general Zabala, que tantas pruebas dieron de su arrojo, de su decision y de su tranquilo mando, en medio del peligro, al general García, que tan cumplidamente secundó mis disposiciones, al general O'Donnell que tuvo su caballo herido, al general Rubin, que acudió á todos los sitios del peligro con el valor sereno que le distingue, y al brigadier Angulo, jefe de la segunda brigada de la primera division del segundo cuerpo, herido al frente de sus soldados en lo más rudo del combate. Tambien me recomiendan eficazmente los generales Prim y Zabala, el digno comportamiento de sus jefes y oficiales de Estado Mayor y ayudantes de Campo, de los que algunos sellaron con su sangre sus buenos servicios en este dia; debiendo por fin, manifestar tambien á V. E. que mis ayudantes y los jefes y oficiales de Estado Mayor de mi Cuartel general, comunicaron mis órdenes con la mayor serenidad y arrojo en los sitios de más peligro, llenando tan cumplidamente las instrucciones que llevaban, que ni una sola experimentó retraso ni mala inteligencia en su ejecucion.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle de Azmir, 8 de Enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.

IMPRENTA DE M. MINUESA, RONDA DE EMBAJADORES.